

Un Premio Nobel¹

¹ Sanín, 1946, p. 3.

El aspecto más interesante de la obra y persona de Gabriela Mistral es el tono moral invariable que caracteriza su pensamiento, así sea este expresado en el vasto molde de la prosa o en las circunscritas formas de la poesía. Su actitud ante el mundo tiene todas las características de una misión, no tan solo por el sentido de sus composiciones, sino por el perfil, por el tono, por las inflexiones de su obra. Acaso pudiera decirse que hay en América poetas de más alta y profunda inspiración que Gabriela Mistral y que en prosa son conocidos escritores de más hondo pensar, de más vigor y gracia más delicada y sutil. Pero en ninguna otra persona se reúnen como en la escritora chilena las condiciones que la hacen aparecer como una consciente misionera del continente. Su poesía es de un modo señaladamente personal, la expresión de una forma de apreciar la vida en que se ligan acompañadamente la melancolía y la esperanza. El espectáculo de las miserias humanas, de las desigualdades manifiestas en las relaciones del hombre con sus semejantes le inspiran tristeza profunda. Pero sus hondas creencias y sobre todo el sentido lógico de la justicia, en ella profundamente desarrollado, hacen nacer el anhelo de la compensación, de que vive su esperanza.

Por esto su obra, no obstante, la sensación de tristeza, que a veces la cubrió como un velo impalpable, es siempre reconfortante; el dolor puede ser la suerte del hombre sobre la tierra, pero en el dolor hay raíces de bondad y gérmenes de esperanza. No quiere decir esto que la poesía de nuestra gran poetisa pueda clasificarse entre

los poetas del dolor mundial calificados en la historia de las literaturas y en las categorías filosóficas con el nombre de pesimistas, para Leopardi, el mayor de los poetas italianos del ochocientos careció de esperanza y explicaba la vida como una combinación oscura de sentimiento y profundas miserias absolutamente necesarias. En la poetisa americana el dolor es ara de purificación y la alegría es una de las necesidades del espíritu humano.

En uno de sus más gentiles ensayos dijo Brandes que un «poeta es un hombre que a un mismo tiempo es una mujer», para ressignificar que, en las mentes circuidas por la aureola de la inspiración y poseídas por el conocimiento de las cosas, se combinan la firme inteligencia de formas y aspiraciones varoniles con el variado y sutil sentimiento de los matices en lo moral y en lo material que es propio de la sensibilidad femenina. En Gabriela Mistral esta definición parece abarcar los variados aspectos de su naturaleza. En ella la fuerza de percepción, el valor con que acepta el dolor y la claridad con que expresa el sentido de la lógica son rasgos de calificación masculina. Sus pensamientos frente a los encantos y flaquezas de la niñez, su visión de los placeres y dolores maternos completan la definición que dio el crítico escandinavo de un verdadero poeta.

Con ser Gabriela mistral profundamente chilena, semejante en todo momento en sí misma y a su patria por la fuerza y vigor de la expresión es también característicamente americana, sin dejar de ser escritora de temple y amplitud mundiales. Sus versos y su prosa expresan formas de sensibilidad tan

propias de su ilustre país, como de la América Hispana, y excepto las limitaciones del idioma, sus ideas, sus sentimientos. Sus formas de expresión son todos los tiempos y caben dentro de la esfera cada vez más vasta de la literatura universal. Hay, por ejemplo, no pocas semejanzas que parecen acordes musicales entre sus más íntimas expansiones poéticas y las de algunos grandes poetas escandinavos de reputación mundial. Acaso esto haya influido no escasamente en la elección de la academia sueca. «Los sonetos de la muerte» hacen pensar en el poeta Wallin, arzobispo que fue de Upsala, a quien se debe un poema sobre la muerte de profundos y serenos pensamientos frente al destino de la vida humana. De Isaías Tegner posee la señora Godoy el amor a la claridad. Estas palabras del eclesiástico sueco podrían encabezar cualquiera poesía de la poetisa americana: «Porque fuerza y claridad pide febo de los escogidos». En el mundo de Febo, lo mismo en la esencia que en la poesía, todas las ideas son claras; claro en su brillo es el sol de Febo, clara fue su fuente, la de la Castalia. «Lo que no puedes expresar claramente es porque no lo sabes; con el pensamiento nace la palabra en los labios del hombre; lo oscuramente dicho, es que no ha sido claramente pensado» (Magister Promotionen, 1820). De las visiones de Swedemborg, y aun de la obra completa del atormentado Kierkegaard, escandinavo del sur, hay rasgos en los anhelos espirituales y en el sentido de la angustia, presente a menudo en los mejores momentos de la poesía de Gabriela.

Gran parte, la más substancial acaso de la obra literaria ya famosa de esta fecunda e intencionada escritora, se inspira en su interés por la suerte, las penas, las alegrías de los niños, el mundo de su imaginación y las realidades que les ocultan, la naturaleza y la experiencia futura. En esta también tiene Suecia maestros y poetas, cuya obra no carece de paralelismos con la de Gabriela Mistral. Zakarías Topelius, muerto al fin del siglo pasado, dedicó bellos momentos de su actividad literaria a un logrado esfuerzo de su mente

por colocarse a la altura de la inteligencia naciente de los niños. En este empeño dejó verdaderas obras de arte, como la explicación de los evangelios en un libro armonioso titulado *Evangelium for Barnen*.

Con el tiempo la figura literaria de Gabriela gana en elevación y en significado. No pertenece a ninguna escuela y por esa misma razón críticos y poetas noveles quieren clasificarla al lado de sus preferencias o facturas individuales. No pertenece a ninguna escuela, porque su voluntad va más allá de todas ellas en cumplimiento de una misión que no se ha impuesto ella misma, pero resalta de su comunidad de pensamiento con las almas que tienen fe en el bien, a pesar de su conocimiento angustioso del mal. Hemos dicho de la dualidad de su persona en que son visibles las cualidades propias del varón y la sensibilidad refinada de la mujer. Acaso sería justo añadir que entre esas dos maneras de comprender el mundo y de expresarlo predominan, en el pensamiento, la seriedad y la tenacidad masculinas, y, en la forma, la delicadeza y la suavidad femeninas.

B. Sanín Cano.

Referencia bibliográfica

Sanín, B. (1946, 28 de julio). Un premio nobel. *El Tiempo* (Sección 2ª).